



CAPITULO XLI

DE LAS RAZONES Y LAS CONTRADICCIONES QUE AMO Y CRIADO
TUVIERON DESPUÉS DE LA BATALLA

«Ignoras quizá, dijo D. Quijote á su escudero, aludiendo al regalo de doña Engracia, que el propio honor alcanzó Gutierre Quijada después que hubo hecho armas con Miser Pierres, señor de Habourdín, bastardo del conde de San Polo. Pagado de su gallardía el duque de Borgoña, juez de la justa, le llevó á comer, le puso á la derecha, y luego le envió á su aposento un vestido de muchas orfebrerías aforrado de pieles de garduña. Otro tanto hizo el rey de Bohemia con D. Fernando Guevara, cuando éste venció en la ciudad de Viena á Miser George de Bouropag: envióle un joyel de gran precio «y dos trotones muy especiales,» como lo puedes ver en la *Crónica de D. Juan II*, donde más largamente se contiene. Unas veces ofrecen los reyes mantos de púrpura á los vencedores; otras, túnicas de brocados de tres altos; otras, vajillas de oro de muchos marcos. El toque está en merecer cualquiera de estos regalos, amigo Sancho Panza. ¿Has visto cuál puede ser esa amable Secundina? Según pienso y entiendo, después de Dulcinea, no hay otra más hermosa en el mundo. Fijate en esa mano, en la cual no sabe uno lo que admirar más, si la pequeñez, si la blancura, si la suavidad, si la gracia con que se mueven y juegan esos dedos coronados de sonrosadas uñas. — La de mi señora Dulcinea no era

tan mona, respondió Sancho, sino como un aventador y más que medianamente carrasposa. Los dedos gruesos, pero no muy largos: en la uña del pulgar se pudiera ver la cara un gigante, sin la roña que la cubría. — Tú sabes, replicó D. Quijote, que Dulcinea estaba encantada cuando la encontramos: aunque por dentro era ella, por fuera parecía una grosera labradora. ¿Mas cómo dices eso cuando el encanto no obraba sino para mí y tú la viste en su propia forma, puesto que la conociste? — Para mí no estaban encantadas sino las manos, Sr. D. Quijote, habiendo querido el maligno encantador echar sobre el amo toda su malicia, y sobre el criado una parte de ella. — Tus jocosidades no siempre tienen la sal en su punto, maleante y sofisticado escudero, dijo D. Quijote: al que le encantan le encantan de pies á cabeza, con manos y todo; y al que le apalean le apalean sin poner aparte ninguno de sus miembros, según lo puedes ver por tus ojos y sentir por tus costillas. ¿Ni en las ocasiones más propias para demostrarme el respeto que me debes, has de dejar de ponerme por delante tu necedad ó tu superchería? ¿Quieres que las uñas de mi señora Dulcinea sirvan de espejos donde se miren gigantes, como Polifemo, cuya cara no alcanzaba á reproducirse sino en el mar? ¿Y su mano es ancha como un aventador, monigote fementido? ¿Y áspera, no *carrasposa*, baratero? ¿Y sus dedos rehechos y ñudosos, espía de ladrones? ¡Yo os haré ver que el ancho, ñudoso y carrasposo sois vos, señor tunante!» Y le hizo ver, en efecto, eso y algo más con un gentil porrazo en la cabeza.

El bueno de Sancho estaba muy hecho á llevar palos; pero cuando se los daba su señor, venía como á resentirse, con decir que de ese modo le pagaba sus servicios. Sancho Panza era humilde; su amo, de buen natural y generoso: de amo á criado nunca hubo más de palo y medio, y cuando más llegaron á dos. Era de condición el caballero, por su parte, que, pasada la cólera, de buena gana hubiera abrazado á su escudero, y en haciéndole un grave daño habría vertido lágrimas. Hay hombres que se inflaman y caen sobre los que los irritan: la pólvora no es más violenta; pero son capaces de resarcir con la camisa de sus

carnes los golpes que acaban de dar. Me atengo al hombre volado que se enciende á cada instante, y no al aborrecedor sombrero que oculta la cobardía tras la calma y está haciendo fermentar la venganza debajo de la paciencia.

«Murmura de mí, bellaco, dijo D. Quijote; omite el cumplimiento de tus deberes; escóndete el rato del peligro; reclama el botín de guerra como cosa tuya; mas no pongas tu lengua viperina en la señora á quien yo sirvo, porque te he de matar. ¿No sabes, mal nacido, que las damas de los andantes, por fuerza han de ser conjuntos de perfecciones, mujeres aparte, creadas ex profeso para ser queridas y servidas por estos que nos decimos y somos andantes caballeros? ¿Quieres que la principal, la llamada sin par por antonomasia, tenga las manos y las uñas que dices, cuando nada pone más de manifiesto lo ilustre de la sangre que esa nobilísima parte del cuerpo humano? Ahí tienes á Oriana, ahí á Carmesina, ahí á Polinarda, ahí á la reina Bricena, ahí á la linda Magalona: mira si son manos de aventadores las suyas, ó manecitas admirables, azucenas por el color, jazmines por la pequeñez, terciopelo por la suavidad, y saca por ahí lo que deben ser las de Dulcinea. Cuando se las viste como dices, no estaban ellas encantadas, sino tus ojos oscurecidos con telarañas, basura y otras inmundicias. De hoy para adelante, señor bueno, so pena de la vida, habéis de pensar y creer que no hay en toda el haz de la tierra princesa, reina ó emperatriz que tenga mano más pulida, limpia y graciosa, ligera y bien proporcionada, que Dulcinea del Toboso. — Más vale mala avenencia que buena sentencia, Sr. D. Quijote, respondió Sancho: con vuesa merced no tengo pleito. Pensaré y creeré de bonísima gana lo que vuesa merced dice; pero llanamente, como á mí se me entienda, y no por antimonasia ni otros rodeos, porque todo lo echaré á perder. Cosa del diablo fué el haber yo visto así á mi señora Dulcinea: prometo verla en lo adelante con mano de azucena, pie de lirio, boca de alabastro y más finezas concernientes á las señoras andantes. — La belleza requiere que los labios sean sonrosados, volvió á decir D. Quijote; cuando se te ofrezca delinear un difunto,

puedes servirte del alabastro para la boca. — Y cuando á vuesa merced se le ofrezca poner en alguna parte el cabo de su lanzón, no busque la persona de quien le quiere bien, para echarlo ahí como si lo hiciera adrede. Sin haber sido del torneo he sacado mi ración en la cabeza, mi aflicción en el corazón. — Y guárdate de la quitación, respondió D. Quijote, la cual puede ser de más consideración, por la sencilla razón de que un baladrón como tú, que no pierde ocasión de manifestar su mala intención respecto de la dama de su patrón, trae la cabeza en continua disposición de recibir sobre ella el asta de mi lanzón. Tú eres gente de ración y quitación..... Pero no haya más; y desdoblado la hoja, dime: ¿Se te trasluce cuál de las infantas del castillo es la que ha puesto en mí los ojos? Corazón herido de saetas, corazón apasionado, Sancho. A tales arbitrios suelen acudir las doncellas de pro, á fin de insinuarse con los caballeros cuya imagen tienen en el pecho; y la mensajera es parte esencial de los amores: testigos, la dueña Quintañoña, Darioleta, Floreta, Placerdemivida, la viuda Reposada y otras. Ayúdame á descubrir á esa misteriosa enamorada, si bien ella misma tendrá buen cuidado de darse á conocer, pues amor que da la seña no tardará en llegar. Esta pasión sublime obra como el fuego, Sancho: su alimento es el aire, tira siempre hacia la luz; y aunque á veces arde escondida, no hace sino tomar cuerpo en la obscuridad; luego se la ve romper hacia afuera y esparcirse en grandes llamas. Los ojos son ventanas del alma, dicen; son también tirabuzones, amigo Sancho: como vea yo reunidas á las princesas, de una mirada le arranco su dulce secreto á esta bella Secundina. — Una vez descubierta, ¿qué piensa hacer vuesa merced?, preguntó Sancho. — Nada, respondió D. Quijote: ¿parécete que sería digno de mi lealtad ponerme á sacar en limpio secretos de doncellitas melindrosas? Bueno fuera andar correspondiendo á todas, cuando con ser sabedor del achaque amoroso de esta divina incógnita me parece que ofendo y pospongo á la sin par Dulcinea. Lo que ahora ocupa mi ánimo no es la cuita de esa doncella, sino el acabar de una vez con el rey Gradaso y hacer del todo mía la deseada

Durindana. ¿Qué suerte habrá corrido el moro? Si mal no me acuerdo, le descargué encima tal mandoble, que será maravilla no le haya dividido hasta el suelo, con caballo y todo. — Él fué, respondió Sancho, el que viendo por tierra su cabeza se agachó, la tomó y la besó, con mucho amor, en la mejilla. Las baladronadas del jayanazo, señor, nos daban mucho que temer por la vida de vuesa merced; pero, como dicen, gato maullador, nunca buen cazador. Bien muerto está: ni me debe, ni le debo. Duerme Juan y yace, que tu asno paca; y el muerto á la fosada y el vivo á la hogaza. — Mal ajeno de pelo cuelga, Sancho, dijo D. Quijote: sigue adelante en tus refranes; camino llevas de agotar, no solamente la colección de D. Íñigo López de Mendoza, sino también las de Mosén Dimas Capellán, el Racionero de Toledo, y el Pinciano ó sea el Comendador Griego. No olvides los *retraeres* del Infante Juan Manuel, ni los *adagios* que las viejas dicen al huego, del Arcipreste de Hita. Si en vez de ese hormiguero de adagios y refranes te hubieras metido en la cabeza algunos preceptos relativos á la caballería andante, el día de hoy te hallaras en potencia propinqua de ceñir la corona real. Pero yo tengo mis barruntos de que con tu modo de hablar estomagas y enojas á los encantadores, quienes están retardando cuanto pueden el fausto acontecimiento de mi propia coronación. Ahora dime, pedazo de estuco, ¿se te entiende cachiforrarme con la pamplina de la cabeza de Gradaso? Deja que yo te eche al suelo la tuya, y como aciertes á besarte tú mismo en la mejilla, aquí te armo caballero, y de camino te doy el título de sumiller de la Cava, sin contralor que revea tus actos ni te llame á residencia. Si estoy en lo cierto, San Dionisio fué quien tomó del suelo su cabeza y la besó, después que un esbirro se la hubo echado abajo. Tú no has oído campanas, y aplicas mal y por mal cabo á los acontecimientos actuales tus confusas reminiscencias. Déjalas dormir en el endiablado revoltijo de tu memoria y no me batanees con tus necedades. Si á dicha tiene aún el circasiano la cabeza sobre los hombros, nada habrá perdido por haber esperado.»

Salió D. Quijote en demanda de Gradaso, cuando ya no ha-

bía más Gradaso que D. Alejo de Mayorga, quien se andaba por ahí hirviendo entre los suyos. «Caballeros, preguntó, ¿sabréis decirme en dónde para aquel soberbio rey del Asia con quien me combatí ahora ha poco? — El Sr. Gradaso barruntó, sin duda, las nuevas intenciones de vuesa merced, respondió el conde de Mayorga, y se ha puesto en cobro á pesar de sus heridas. Una de á jeme en el pecho, señor; otra en la cabeza, abierta por la comisura, desde la orilla de la frente hasta el occipucio, pasando por el sincipucio. Otra en la garganta, por donde podía entrar y salir un cocodrilo. — ¿Hacia dónde y cómo huyó el moro?, volvió á preguntar D. Quijote. — Hacia el Oriente, señor, en una jirafa que hendía el aire como un sacré. Creo yo que la fuga la tomó por su cuenta una sabidora llamada Zirfea, quien se lo llevó á curarle las heridas en los montes de la luna. — Ésta es la costumbre de los encantadores que me persiguen, dijo D. Quijote: hurtarme el enemigo á quien tengo á punto de muerte. Pero ya veremos si el Sr. Gradaso muere ó no á mis manos, con jirafa y todo. Ahora sepamos lo que mandáis, señores, que me parto. — No diga tal vuesa merced, respondió el conde de Mayorga: las damas no tienen otro empeño que el de festejar á vuesa merced esta noche con un baile que para el efecto están disponiendo. Verá aquí la flor y nata de la caballería, portentos de hermosura y prodigios de habilidad en la danza. — ¿Eso hay?, volvió á decir el caballero: no quiera el cielo que D. Quijote de la Mancha falte á la cortesía, rehusando el obsequio de tan hermosas y principales señoras.» Y se quedó una noche más en el castillo, para satisfacción de Sancho Panza y gusto de los estudiantes.



CAPITULO XLII

DONDE SE DA CUENTA DEL BAILE DE DOÑA ENGRACIA DE BORJA,
Y SE DELINEAN ALGUNAS DE LAS DAMAS QUE Á ÉL CONCURRIERON

Las damas del castillo, con todos sus alfileres, estaban fulgurantes esa noche; los jóvenes, de tiros largos, y D. Quijote de la Mancha metido en sus gregüescos, secas, estiradas las piernas, y un tanto quebradizas; con una cara de santo por lo flaco, de vista en cuchara por lo prolongado, de emperador por lo grave y señoril. Buena cuenta con no reirse tenían las señoras; pero así como el hidalgo volteaba las espaldas, no había contener la que les atormentaba el pecho. Graciosas é invencioneras las muchachas, no les faltó arbitrios para ilusar á D. Quijote, tomando, á imitación de los justadores, nombres altisonantes y caballerescos que halagasen sus oídos. Alda de Sansueña es una joven de singular hermosura, que llama la atención, por la cabellera especialmente, rara en el color como en el caudal, y por el donaire con que la trae derramada sobre los hombros y la espalda en gruesos chorros. Nuestra madre Eva no cultivó más linda mata de pelo, ni con el suyo se hubiera rodeado y cubierto los blancos miembros tanto como esta Alda de Sansueña, la cual en verdad no se llama sino Elena Cabanillas.

A su lado está Lippa de Boloña, obscureciendo á su compañera con la luz de esos ojos que resplandecen cual dos carbun-

clos negros. Ésta lleva traje de raso blanco con largos torzales de hilo de oro, salpicada la chaqueta de estrellitas azules; la chaqueta, por donde quieren escaparse las dos gordas palomas retenidas apenas en su cárcel. «Elena, dijo á su amiga á media voz, ¿te casaras con D. Quijote? — No digo que no, como tú te casases con Sancho: así vendrías á llamarte Jóvita Ponce de Panza. — ¿Y el de León dónde me dejas? — Ponlo al fin y serás Jóvita Ponce de Panza de León. — No suena tan mal como de burro, ni tan bien como Elena Cabanillas de la Mancha,» concluyó doña Jovita, y se echaron á reir las dos hermosas.

Lida Florida, señora de Cambalú, sigue á Lippa de Boloña en ese coro de ángeles femeninos. En otra cosa consiste su belleza que en lo vivo de la mirada y en lo activo de las maneras: sus ojos son azules, cargados de tan poética melancolía que har-to dan á conocer una tierna pesadumbre. Deslumbrara la blancura de su tez, si no acudiera la sangre á sus mejillas y las pusiera como bañadas de rosa. Cuando se ruboriza esta joven, una llama divina desciende del trono de las Gracias y la hace arder en las más delicadas sensaciones.

Viene en seguida Oliva de Sabuco, niña tan alegre y picotera como apacible y silenciosa la enamorada Lida. Mas á su izquierda tiene una buena pareja, porque en el reirse, el moverse y el hablar no le cede una mínima la señora Chimbusa. ¡Chimbusa! ¡Y cómo le hacía bailar en la uña al mal aconsejado que se llegaba á requebrarla! Sólo D. Alejo de Mayorga tiene el aguante necesario para no sucumbir á esas carcajadas en las cuales resuenan el desdén, la fisga, el sarcasmo, porque la tal Chimbusa es de las que hacen algunas víctimas antes de serlo ellas mismas, y Dios sabe de qué tonto! No es tan tierna que no debiera tener un cariño, por no decir dos; pero se había propuesto no amar á nadie, y hasta entonces se estaba saliendo con la suya, bien por dureza natural de corazón, bien porque el capricho labraba cierta insensibilidad facticia que la mantenía en sus trece. ¡Pobre Chimbusa!... El amor tardío suele mostrarse de repente con toda su madurez: en llegando su fermentación á

lo sumo, revienta sin dar lugar á nada. Estas pasiones son las temibles: toman de sorpresa, exigen, ejecutan y muchas veces dejan en tiempo limitado tristes despojos de la que se prometía larga edad florida. Mejor es amar desde un principio, poco á poco, si puede ser, para ir acostumbrándose á la enfermedad de los dioses, sin hurtar el cuello al yugo de ese pequeño rey absoluto, á cuyo imperio no hay quien se sustraiga.

«Marqués, dijo la señora Chimbusa al de Huagrahuigsa, que se asomaba por ahí, gustaría yo de ver bailar á D. Quijote. Oliva se ofrece á darme esta satisfacción sirviéndole de pareja. Sea vuesa merced servido de transmitir este deseo al caballero andante. — ¡No hay tall, respondió doña Oliva de Sabuco; Petra es la empeñada en bailar con él: yo no quiero sino ver un *pie de jibado* á estos dos elegantes. D. Quijote y Chimbusa, el uno para el otro.» Y soltó una sonora argentina carcajada, que llenó de armonía la sala. El marqués se tuvo por muy dichoso de hallar pronta escapatoria, so pretexto de ir por el hidalgo, pues le huía á esta Chimbusa como á Judas. Y no porque no le tuviese notable afición, siendo como era la bellaca fea de tal naturaleza que se la hubiera llevado sobre cuatro bonitas. El marqués tenía para sí que era correspondido con usura; mas satisfecho de ser amado á la distancia, y vivamente deseado por la dama, dejaba para mejores tiempos el coronar su dicha (la de ella.)

La linda Magalona y Floripés estaban juntas, y ante ellas D. Quijote, hincada una rodilla en tierra, empeñadísimo en aludir á los amores caballerescos de estas enamoradas princesas*. «Güi de Borgoña, dijo á Floripés, ha sido siempre un buen caballero, tan digno de ser esposo de vuesa merced, como amigo mío, por la constancia y el valor con que defendió la torre donde fué acogido por vuesa merced, junto con los otros pares de Francia. ¿En dónde para el día de hoy tan famoso caballero?

(*) En tiempo de D. Quijote las señoras se sentaban en el suelo sobre alfombras, y los caballeros doblaban la una rodilla para hablar con más comodidad. Véanse los comentarios de D. Diego Clemencín.

— Nos hemos reconciliado con mi padre el Almirante, respondió Floripés; mi marido y señor se fué no ha mucho á verse con él en Guirafontaina, de donde le esperamos antes de un año. Si vuesa merced nos favoreciese con permanecer unos once meses en este castillo, el señor Güi, mi esposo, tendría mucho gusto de conocer al tan nombrado D. Quijote de la Mancha. — Once años me quedara, replicó el caballero, por estrechar en mis brazos á tan famoso paladín y tan buen enamorado, si las obligaciones de mi profesión no urgieran por la partida.» Aquí rompió la música, y los jóvenes se tiraron al centro, cada cual con su compañera. Loco era D. Quijote y muy loco en ciertas cosas; advertido, empero, hasta sabio en otras: no bailó ni le pasó por el pensamiento el buscar pareja, y se rehusó con vigor á las excitaciones de los pisaverdes. La gravedad de su estado, la circunspección de su edad le hicieron mantener un porte digno; y mientras bailando á todo su poder se hacían pedazos los mancebos, él se dejó estar en una esquina de la sala, grave, alto, casi adusto.

Cintia de Guindaya, señora de elevada estatura y admirables proporciones, no se manifiesta visiblemente gorda; pero la imaginación de los que la contemplan sabe si son redondos, maravillosamente torneados esos miembros, cuya rubicundez no se detiene sino en el blanco leche de ese divino cuerpo. Cintia baila como Diana, garbosa y púdica, con empeño, pero con modestia. De ella no hubiera dicho el antiguo poeta latino: «Sempronía baila mucho mejor de lo que conviene á una mujer juiciosa y honesta.»

Cintia de Guindaya pasó á la vista de D. Quijote, deslumbrándole como un relámpago; y en efecto, era tan bella, que el bueno del hidalgo estuvo á pique de tenerla por su señora Dulcinea del Toboso, cuando no era sino una cierta Estela Montedeoca.

Tras ésta vino Prusia Fincoya, morena de infernal hermosura, que había dado en qué merecer á más de un pretendiente á su mano. Digo infernal, porque se la amaba de prisa y con fu-

ror, sin esos preliminares de las pasiones comunes, afición, tristeza, vaga esperanza y más afectos indecisos que el corazón experimenta cuando se ha de amar con mesura. Agravio hubiera sido para la tal Fincoya quererla de ese modo: ella prende un vivo fuego en el cual es preciso consumirse. Súplicas fervorosas, lágrimas ardientes, pasos inconsiderados; celos, iras, desesperaciones, locuras y suicidios: tales son las ofrendas que se han de depositar en las aras de ese ídolo tan perverso como hermoso.



CAPITULO XLIII

DONDE SE PROSIGUE LA MATERIA DEL CAPÍTULO ANTERIOR

Vueltas las damas cada una á su lugar, se vió á D. Quijote ir discurriendo entre ellas por dar quizá con la apasionada Secundina. Una de sus interlocutoras le dijo ser Lindaraja Salahonda, princesa de Chanchirico, para servir á su merced. No demuestra ser muy honda la princesa, antes parece hallarse en camino de salvación, según lo flaco y amortiguado del rostro. Desentendida de sus años, ésta, que pudiera ser dos veces madre, se entromete con las jóvenes, escogiendo siempre las más frescas y bonitas. Gusta de traerse bien y dar la moda, sin perder ocasión de mostrarse á los caballeros para tener el gusto de desdeñarlos con mil dengues de buen tono. Los enamorados que han pasado por sus horcas caudinas son un juicio; sus novios, todos los elegantes y hombres de consideración; mas pedir su mano es poner una pica en Flandes. Pasó D. Quijote sin deshacerse en cortesías, y llegó adonde estaba otra morena hirviendo en la movilidad de su temperamento. Ésta es la bella Pecopina, cuyo influjo sobre sus amigas es igual, por lo menos, al dominio que ejerce sobre la gente masculina. Si el amor se encarnara en cuerpo de mujer, tomara el suyo de los pies á la cabeza. Chiquita, no hasta ser defectuosa; desparpajada, no hasta la desenvoltura; viva, parlera, no hasta la importunidad: ni bella ni bonita, sino de las que se llaman donosas, esto es, mu-